

X

EL ÁREA INTERMEDIA, EL CACICAZGO Y LA INVESTIGACIÓN DE LA DINÁMICA DEL CAMBIO SOCIAL

Robert D. Drennan
University of Pittsburgh

NO ES NOVEDOSO OBSERVAR QUE EL ÁREA INTERMEDIA MUESTRA UNA GRAN DIVERSIDAD DE FORMAS de organización social durante los últimos tres o cuatro mil años. Carece de la homogeneidad cultural que Mesoamérica y los Andes Centrales supuestamente poseen. Su vieja caracterización como área intermedia entre las dos “altas civilizaciones” americanas se debe a esta observación. De ahí también se deriva el complejo de inferioridad persistente que los arqueólogos especializados en la región han sufrido. La solución para algunos de ellos ha sido buscar para Centroamérica y el norte de Suramérica algún conjunto de características consistentes y homogéneas que permita que el área (o por lo menos parte de ella) sea calificada tan “alto” como sus vecinas. Los artículos presentados en este volumen demuestran, claramente, que estamos listos para dejar atrás esta etapa de la arqueología del Área Intermedia (o, por lo menos, casi listos).

No es tan claro, hasta ahora, para dónde vamos en la próxima etapa. Me permito aquí el lujo de esbozar, brevemente, una visión de uno de los destinos posibles hacia donde la investigación del pasado del Área Intermedia podría dirigirse. No es la única manera de formular objetivos para la arqueología de esta área y, desde luego, no puede ser compatible con todas las diversas arqueologías que se practican actualmente. Esta visión tiene sus raíces en la idea de que la arqueología no solo puede ayudarnos a averiguar qué sucedió en el pasado, sino que también puede aportar a nuestro entendimiento de tales sucesos. Lo que planteo me parece consistente con mucho de lo que los autores representados en este volumen han escrito en sus respectivos artículos, y no podía ser de otra manera, pues una buena parte de la inspiración de esta formulación viene de los avances, empíricos y conceptuales, que ellos han expuesto aquí.

En especial, quisiera enfocar la atención en los cambios sociales que ocurrieron entre los grupos sedentarios y agricultores del Área Intermedia: estos produjeron sociedades centralizadas que incorporaron una población más extensa que la de una sola comunidad local, y cuya centralización dependía de la formación de relaciones sociales des-

iguales. Este proceso sucedió repetidamente en diferentes regiones del Área Intermedia. Algunos suelen llamarlo el *surgimiento de los cacicazgos*, y es conveniente tener una expresión que podemos utilizar para señalar esta clase de cambio, tan frecuente e interesante. Este sentido de la expresión es muy general e incluye entre los cacicazgos muchas variantes sociales que otras definiciones más específicas excluirían. Esta comprensión muy general de qué es un cacicazgo nos ayuda a especificar una de las razones principales del interés por el Área Intermedia: es un área grande, en donde la vida sedentaria basada en la agricultura se estableció temprano y dio paso al desarrollo de un gran número de cacicazgos regionales con diversas características. A pesar de su carácter regional (o supralocal), los cacicazgos del Área Intermedia persistieron por mucho tiempo en una escala relativamente pequeña de integración política. Esta situación nos enfrenta con posibilidades fascinantes para el estudio comparativo de la dinámica del cambio social.

Por un lado tenemos la oportunidad de explorar la gran diversidad de formas de organización que se encuentran entre los cacicazgos del Área Intermedia. Parece que varían en cuanto a sus escalas espacial y demográfica, en cuanto a sus grados de centralización y de jerarquización, en cuanto a los roles de los factores económicos e ideológicos en su integración, en cuanto a la importancia de la especialización económica y de la intensificación de la producción agrícola, y en muchas otras características. Sus trayectorias de desarrollo muestran patrones diferentes en cuanto a la rapidez del cambio, la estabilidad de las unidades políticas individuales y de las formas de organización, y en el orden relativo del surgimiento de distintas características.

Es interesante, en este contexto, considerar otra parte del mundo que podría ser descrita en términos parecidos: la Polinesia. La antropología del Pacífico tradicionalmente ha dedicado mucha atención a la diversidad de formas que ha tomado la organización social en las diferentes islas o grupos de islas, y estos estudios influyeron mucho en la formulación teórica de la evolución cultural y en la delineación de una variante de cacicazgo (que subsecuentemente fue adoptada por algunos antropólogos como la única forma posible de cacicazgo). Las islas de la Polinesia fueron colonizadas progresivamente por la misma cultura (según evidencias lingüísticas y genéticas), y las grandes distancias que las separan contribuyeron a que tuviera lugar un alto grado de aislamiento, que permitió un desarrollo bastante independiente en diferentes regiones. La diversidad de los resultados sociales de este proceso ha sido interpretada, más que todo, en términos unilineales. Se ha planteado, por ejemplo, la idea de que la abundancia y la diversidad de los recursos de ciertas islas permitieron el desarrollo de los cacicazgos más estratificados y de mayor escala, mientras que la escasez y la homogeneidad de los recursos de otras islas limitaron el grado de desarrollo.

Parece que el Área Intermedia nos presenta mucha más diversidad de trayectorias de cambio social en sus diferentes regiones, y ello a pesar del alto nivel de interacción documentada entre ellas. Esta gran diversidad puede ser relacionada con el hecho de que la ocupación humana de que se trata en el Área Intermedia es muchísimo más larga que la de la Polinesia, pero es indudable que indica también la importancia de los procesos muy locales.

Es interesante considerar la historia intelectual de la arqueología de la Polinesia. El tamaño pequeño de las islas, y su separación en un océano tan vasto, junto con el corto período de ocupación humana, hizo muy sencilla la tarea arqueológica de establecer los "sistemáticos del espacio y del tiempo", o sea delinear las unidades por medio de las cuales, tradicionalmente, organizamos el registro arqueológico. En fin, en comparación con las de otras partes del mundo, la arqueología de la Polinesia perdió muy poco tiempo en esta etapa clasificatoria. Fue un paso obvio y fácil el de tomar cada grupo de islas como una unidad de análisis, y –también gracias a la historia particular de la Polinesia– existió una abundante documentación etnográfica/etnohistórica para cada grupo. Los patrones sociales semejantes de Hawái, Tahití, las Marquesas, Tikopía, etc. se atribuyeron a su ocupación inicial por parte de descendientes de la misma cultura, mientras que se asumió que la variación social entre ellos surgió después de la separación de distintas comunidades humanas en diferentes grupos de islas. Con la presencia tan fuerte de las sociedades indígenas de la Polinesia, los arqueólogos no podían perderse en sus clasificaciones de la cultura material. Tenían que pensar y conversar en términos, no de artefactos, sino de comunidades humanas y de sus patrones de organización social. El "presente etnográfico" de la Polinesia es tan fuerte que este retrato sincrónico dominó casi toda la discusión por mucho tiempo. Lo difícil ha sido darle una dimensión diacrónica, es decir, establecer con buena base arqueológica cómo eran las sociedades de cierta región durante los siglos anteriores, para poder estudiar las trayectorias de cambio. En otras palabras, las sociedades de la Polinesia son tan bien conocidas que la necesidad de investigar sus pasados en términos arqueológicos ha sido difícil de percibir.

La historia intelectual de la arqueología polinesia ofrece un contraste fuerte con la del Área Intermedia. Aquí, el arqueólogo enfrentó, hace cien años, una situación mucho más confusa. El contexto que produjo tanta información etnográfica y etnohistórica para la Polinesia en los siglos XVIII y XIX fue muy diferente a la Conquista española del Área Intermedia en el siglo XVI. La documentación sobreviviente de las sociedades indígenas de la región, aunque muy útil, fue mucho menos abundante y detallada que en la Polinesia. Las regiones demarcadas, correspondientes a diferentes sociedades (de escalas no tan diferentes de las de los grupos de islas de la Polinesia), fueron imposibles

de identificar con una simple mirada al paisaje terrestre. La arqueología se dedicó a la clasificación de la cultura material, tarea que se enredó progresivamente, dada la diversidad que, en este ámbito, se encontró en regiones con poca separación espacial. Además, resultaron muy fuertes las distracciones representadas por las semejanzas descontextualizadas que, con frecuencia, se pueden observar entre la cerámica, las tumbas o las estatuas de regiones distantes. En fin, después de muchos intentos, no tuvieron éxito ni la búsqueda de una definición arqueológica que le diera al Área Intermedia una identidad como la que tiene Mesoamérica, ni los esfuerzos por delinear una secuencia del Área Intermedia (estilo Formativo, Clásico, Posclásico) que comprendiera la esencia de su trayectoria de cambio (y que al mismo tiempo solucionara el complejo de inferioridad de los arqueólogos especializados en esta área).

Pero lo que la arqueología de Mesoamérica ha aportado durante el último medio siglo a nuestro entendimiento de la dinámica del cambio social no se deriva de su definición como área cultural. De hecho, todavía continúa la discusión sobre la mejor manera de definir el área cultural de Mesoamérica, y sobre hasta dónde llega exactamente, pero ocupa la atención de muy pocos arqueólogos. No es que la arqueología mesoamericana haya solucionado este problema para poder avanzar en el estudio del cambio social, sino, más bien, que lo ha superado para dejar de perder su tiempo con él. Los avances que Mesoamérica nos ofrece en la comprensión del cambio social se basan en estudios de la organización social, política, económica e ideológica de regiones cuyo tamaño varía desde unos cientos hasta unos pocos miles de kilómetros cuadrados, regiones como el valle de Oaxaca, la cuenca de México, la cuenca de Puebla-Tlaxcala, la costa sur del Golfo, Xoconusco, el Petén, Yucatán y otras. Esta escala ha servido como centro de gravedad de la investigación arqueológica mesoamericana durante los últimos cincuenta años porque permite la delimitación de las unidades relevantes. Dichas unidades no son áreas de cultura material, sino comunidades humanas, las cuales se manifiestan más en la distribución de ciertos aspectos de la evidencia arqueológica que en las características de los artefactos mismos.

Si queremos avanzar en la comprensión de la dinámica del cambio social tenemos que enfocar nuestra atención en la interacción entre individuos y unidades domésticas dentro de las comunidades locales, y reconstruir sus actividades y relaciones con los análisis minuciosos de las actividades domésticas asociadas, no con una casa o dos, sino con una muestra de tal vez decenas de ellas en una diversidad de comunidades locales. Estos análisis dependen mucho más de las distribuciones de desechos que de las descripciones de las características de artefactos. Tenemos que continuar a una escala mayor de análisis para atender a las relaciones entre comunidades locales, que a veces conforman comunidades

más grandes, e incluso comunidades de escala regional (que pueden ser denominadas "cacicazgos" o "Estados"). Y la progresiva expansión de la escala de análisis continúa en el nivel macrorregional, con las relaciones económicas y políticas que se establecen entre las unidades sociales delineadas a nivel regional. Esta clase de estudio macrorregional no consiste en la simple observación de semejanzas en las culturas materiales de diferentes regiones. Se requiere un conocimiento de patrones de interacción entre regiones, que depende, sobre todo, de la distribución interna –dentro de comunidades regionales y locales– de los materiales que señalan tales relaciones interregionales. La cerámica importada, por ejemplo, ¿llega a todo el mundo?. ¿o únicamente a ciertas aldeas?. ¿o a todas las comunidades locales, pero solamente a ciertas familias en cada una?

Contestar tales preguntas exige una cantidad y una calidad en la información arqueológica que no tenemos en muchas partes del mundo. Existen para ciertas regiones de Mesoamérica, por ejemplo, y los artículos que aparecen en este volumen demuestran que se están acumulando para algunas regiones del Área Intermedia. La definición de áreas culturales, estilos, tradiciones, horizontes, etc., aporta muy poco a la adquisición de la clase de información que se necesita para hablar de la organización de las comunidades humanas en el pasado, pero las costumbres tradicionales de la arqueología son fuertes, y este volumen demuestra, también, que sigue siendo difícil descartar todo el equipaje intelectual que ya no necesitamos (por lo menos, los que tomamos como objetivo avanzar en nuestro entendimiento del cambio social, no lo necesitamos). Buscar una identidad integrada para el Área Intermedia nos lleva a perder tiempo discutiendo cómo la denominamos y dónde quedan sus límites exactamente. Aún peor, desmiente lo que ha sido obvio desde el principio y lo que las investigaciones regionales descritas en este volumen documentan con más claridad cada año: la gran diversidad de formas de organización social que se encuentran en el Área Intermedia (independientemente de si las llamamos *cacicazgos* o no).

Aprovechar la oportunidad que esta gran diversidad de formas de organización nos presenta requiere no solo que no la neguemos, sino que la abracemos. La arqueología de la Polinesia ha sido capaz de aprovechar una oportunidad muy semejante: la diversidad de formas de organización en diferentes regiones, que ha abierto la puerta a observaciones empíricas de importancia teórica. Es un enfoque regional (y no un énfasis en el área cultural como entidad) que ha abierto la misma puerta en Mesoamérica, aunque en este contexto las relaciones interregionales son más frecuentes y más fuertes, y se reconoce no solo la diferenciación, sino también muchos paralelos entre las diversas trayectorias regionales de cambio social. Los artículos de este volumen demuestran que estamos saliendo ya de un largo período perdido en "la arqueología" del Área Intermedia en sí. Se han acumulado

conocimientos suficientes como para iniciar comparaciones de las trayectorias de cambio social en regiones como la península de Santa Elena, la cuenca del Guayas, el medio río Caquetá, el Alto Magdalena, Calima, el área muisca, Santa Marta, los llanos de Venezuela, el Gran Coclé, el Gran Chiriquí, Guanacaste, Puerto Rico y otras. Lo que aparece en este volumen acerca del cambio social es mucho más que lo que se pudo decir hace diez años. Es un momento oportuno para tratar de visualizar qué esperamos sacar de tales comparaciones. Por supuesto, ya no nos sirve simplemente señalar una semejanza entre las cerámicas o las tumbas o las estatuas de dos regiones distantes y decir: "¡ajá, vea!". Entonces, ¿cómo son las comparaciones que buscamos?, ¿hacia dónde vamos con ellas?

Para empezar, cabe aclarar que las similitudes interregionales de las trayectorias de cambio social son muy diferentes de las relaciones interregionales, aunque ambas funcionan a una escala macrorregional, y la comparación puede ser conectada a la investigación de relaciones. Para poder comparar trayectorias de cambio, las características de interés de las sociedades de las distintas regiones tienen que ser establecidas con evidencias propias de las respectivas regiones. Por ejemplo, puede ser que en una región, durante un período definido, la distribución restringida de los objetos finos de oro en contextos funerarios y domésticos indique su acumulación en pocas manos, que uno tal vez interprete como las manos de una élite. En otra región pueden aparecer objetos de oro semejantes en un período contemporáneo. Esta observación, en sí, sugiere una relación entre las regiones, pero no nos dice mucho acerca de su naturaleza, y no es evidencia suficiente como para plantear un paralelo entre sus trayectorias de cambio social. Puede ser que en la segunda región solo aparezcan los objetos de oro en cantidades muy reducidas, o que su distribución no refleje ninguna concentración en manos de nadie. Estas últimas observaciones desmentirían la idea de cambios sociales paralelos en las dos regiones. El contacto aparente entre ellas habría tenido poco impacto social o, por lo menos, no habría producido en la segunda el mismo cambio social que habría sucedido en la primera. La comparación de trayectorias de cambio social en diferentes regiones supera, con mucho, la comparación de la cultura material de diferentes regiones: no es la búsqueda de contactos o relaciones, sino de paralelos cuya independencia puede ser investigada.

Pero, dada la diversidad social ya reconocida del Área Intermedia, parece muy probable que las comparaciones sistemáticas descubran más diferencias que paralelos. A medida que nuestros conocimientos se vuelven más detallados se amontona una cantidad creciente de diferencias. ¿Será que finalmente nos perdemos en una neblina de particularismo? Una clase de conclusión general es que la forma de organización social del Área Intermedia fue, de manera persistente, el cacicazgo (si aprovechamos la definición mínima o más general de la palabra). Otras áreas, superficialmente semejantes (tales como Mesoamérica

y los Andes Centrales), vieron el surgimiento de múltiples ejemplos de entidades con una integración política a escala mucho mayor (y con otras características diferentes a las de cualquier sociedad del Área Intermedia, que también podrían ser enfatizadas). Este hecho ha sido reconocido desde hace décadas, pero nuestro entendimiento de cómo o por qué sucedió así es muy primitivo, y no tenemos modelos muy sofisticados en espera de la evaluación empírica. Parece que estamos en un momento de exploración con más preguntas que respuestas: ¿cuáles son los recursos básicos (materiales, humanos, históricos, ideológicos, sociales y otros) con los cuales las comunidades humanas construyen diferentes formas de organización? ¿Cuáles son las condiciones (históricas, sociales, naturales, políticas, ideológicas y otras) que facilitan o dificultan el surgimiento de ciertos patrones de organización? ¿Cómo es que ciertas condiciones afectan el curso de conflictos entre comunidades humanas o entre sectores internos de ellas? ¿Cómo se siente el impacto de la necesidad de asegurar el bienestar y la reproducción de la población que conforma una comunidad humana?

Las diferentes "escuelas" de pensamiento de la antropología nos ofrecen nociones muy diferentes de las respuestas a tales preguntas. Las que valen finalmente tienen que ayudarnos a entender cómo es que un cacicazgo surgió muy temprano en una trayectoria mientras que en otra región vecina sucedió algo muy semejante, pero más de un milenio después. O tienen que conectar las dimensiones exageradas de la acumulación de riqueza en una sociedad con sus demás elementos, de manera que entendamos mejor cómo es que otra trayectoria produjo un alto grado de desigualdad no económica. Los conceptos muy generales de *cacicazgo* y de *Área Intermedia* nos han servido bien en el pasado. Hemos reconocido que los cacicazgos surgieron repetidamente en muchas, pero no en todas las regiones del Área Intermedia. Ahora es dudoso que saquemos mucho más jugo de estas ideas. Las ideas no son malas, nuestros conocimientos se han nutrido de su jugo; pero el próximo paso parece profundizar nuestra comprensión mediante una exploración más detallada que busca patrones en una diversidad más grande de trayectorias de cambio social. El Área Intermedia fascina en esta etapa de investigación precisamente porque nos ofrece mucho más para el estudio que sus vecinos del norte y del sur, que llamaron tanto la atención de los arqueólogos en el siglo pasado.